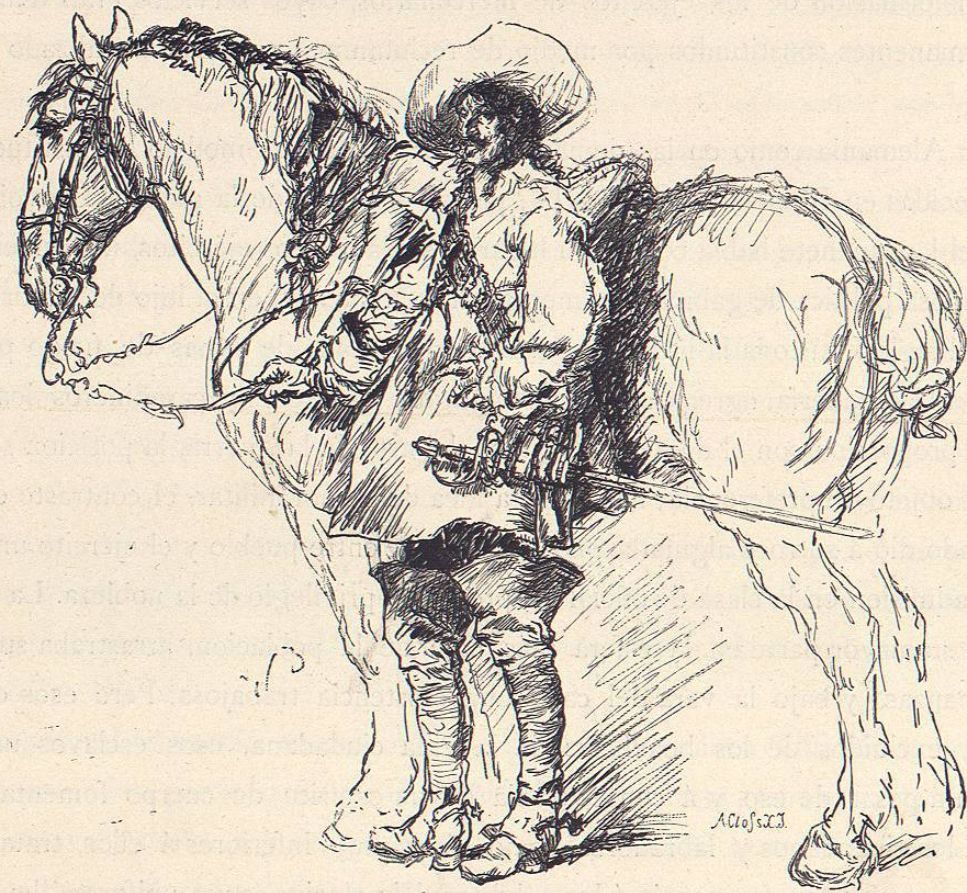


truoso, los robos, incendios y violaciones, los tormentos y asesinatos en todas las formas imaginables no eran otra cosa sino inocentes chanzas.

En todo el brillo de sus horrores el furor de la guerra de los Treinta años dióse á conocer más especialmente en la conquista de Magdeburgo por los ejércitos de la liga católica (1631). Esta conquista fué, segun todo el mundo sabe, una verdadera destruccion: sobre las ruinas de

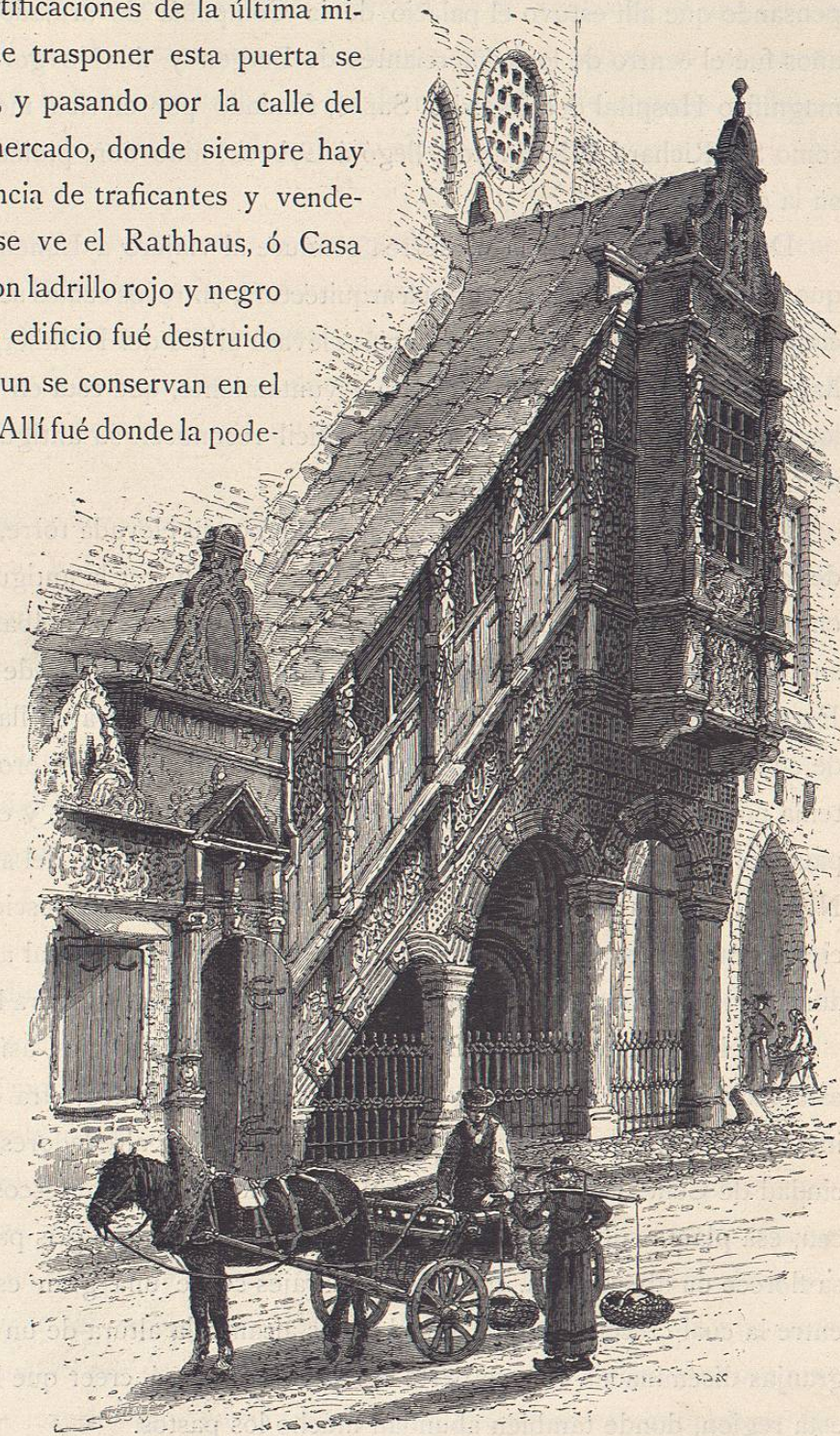


DRAGON

la ciudad incendiada yacian unos 30.000 de sus habitantes asesinados. El fanatismo de algunos católicos habia demostrado allí bajo el mando de Tilly y de Pappenheim lo que eran sus obras de «amor cristiano;» pronto sin embargo el protestantismo no tuvo nada que envidiar á aquellos generales y soldados en punto á crueldades en la guerra. Es cierto que miéntras el rey de los suecos asumió el mando en jefe de los ejércitos coligados, obróse cuando ménos por lo que á ellos concierne segun principios algo humanos, pero despues que Gustavo Adolfo hubo desaparecido del teatro de la lucha, los partidarios de la Biblia competian con los del Breviario en perversidad y desenfreno. Por donde pasaba la guerra con el asesinato y la devastacion, la seguian sus compañeras el hambre y la peste, dando esto lugar á escenas dignas de caribes. De 1636 á 1637 hubo antropófagos de ambos sexos en Alsacia, Hesse y Sajonia; no solamente se desenterraba á los muertos sino que se daba caza á los vivos, para matarlos y devorarlos. Padre hubo que mataba y comia á sus hijos; é hijas que aprovechaban la carne de sus padres y madres muertos de hambre, para satisfacer su voracidad; la poblacion pereció en distritos enteros en grandes masas á consecuencia de la miseria. Las regiones despobladas trasformábanse en guaridas de animales salvajes, y en las ruinas de las ciudades y pueblos habitaban manadas de lobos.

mercado, al que se llega hoy día por la vía férrea. A pocos pasos de la estacion hállase la puerta de Holstein, que data de la Edad media y está flanqueada por sus macizas torres redondas, modelo de las fortificaciones de la última mitad del siglo xv. Despues de trasponer esta puerta se cruza el puente de Holstein, y pasando por la calle del mismo nombre, llégase al mercado, donde siempre hay gran animacion por la afluencia de traficantes y vendedores. Frente al mercado se ve el Rathhaus, ó Casa Ayuntamiento, construida con ladrillo rojo y negro en el año 1517. El primitivo edificio fué destruido una vez por el fuego, pero aún se conservan en el interior algunas partes de él. Allí fué donde la poderosa Lubeck dirigia los asuntos de la confederacion Anseática, y donde celebraron sus sesiones los embajadores de las ochenta y cinco ciudades que reconocieron su supremacia. La antigua magnificencia del estilo arquitectónico ha perdido mucho por las modernas reparaciones; la gran sala donde se reunian los representantes hállase dividida ahora en varias cámaras, pero aún se reconocen los vestigios de su primitiva grandiosidad.

Inmediata á la Casa Ayuntamiento está la Bolsa, y enfrente se ve el Marien Kirche ó iglesia de Nuestra Señora, uno de los más magníficos edificios góticos de la



Escalera de la Casa consistorial de Lubeck

primera mitad del siglo xiv: las torres figuran entre las más altas de Alemania. Difícil sería pronosticar cuál será el porvenir de Lubeck, ni hasta qué punto se extenderá en el Báltico el poderío de la marina alemana; pero es probable que esa ciudad quede eclipsada siempre por la superior posicion de su rival Kiel.

Travemunde, ciudad situada á ocho millas de distancia de Lubeck, ha perdido mucho de su antiguo comercio, y hállase reducida al rango de establecimiento de baños de tercera clase.

Los más de los que visitan sus hermosas y pintorescas calles hácenlo principalmente para admirar su pasado; el anticuario no podrá ménos de evocar el recuerdo de su antiguo poderío, pensando que allí estuvo el palacio de la Compañía de armadores que durante trescientos años fué el centro de los comerciantes de Bergen y de Novgorod; y que allí se hallaba el magnífico Hospital del Espíritu Santo, fundado por el rico mercader Morneweg, que así como Sir Richard Whittington, llegó á Lubeck, niño áun, pidiendo limosna, y murió al fin en la opulencia.

Desde Travemunde la vía férrea conduce al viajero á Luneburgo, otra ciudad anseática que conserva restos de su antigua arquitectura, entre los cuales se puede considerar la catedral como uno de los de más importancia: elévase al pié del Kalkberg, colina que domina toda la llanura de los alrededores. La Casa Ayuntamiento, que está en la plaza mercado, es uno de los más notables edificios, pero sería difícil reconocer su antiguo esplendor en medio de las numerosas modificaciones que ha sufrido.

La iglesia de San Juan, que se distingue por su elevada torre, simboliza también la piedad de los habitantes; y en una de sus capillas se puede ver la antigua columna de mármol que en otro tiempo figuró en el Kalkberg, y en la cual representábase la luna, debiendo á esto su nombre la ciudad. La iglesia de San Miguel era el panteón de los príncipes de Luneburgo. En remotas épocas la principal reliquia de este templo era su llamada Mesa de Oro, especie de cubierta del altar mayor, fabricada en su mayor parte con oro macizo y piedras preciosas; tenía por adorno figuras esculpidas de extraordinaria belleza, y era muy celebrada en todo el país, aunque el nombre del artista no era conocido. A fines del siglo xvii, el famoso bandido Nickel List, con su cuadrilla, robó la preciosa reliquia, con doscientas piedras preciosas, principalmente rubíes y esmeraldas; pero fué cogido y ejecutado al año siguiente. Esta cubierta, aunque desprovista en gran parte de sus preciosos adornos, figura hoy en el museo de Hanover.

Luneburgo es una localidad muy celebrada por sus salinas, así como por sus manantiales y establecimiento de baños, muy apreciado de los alemanes; otra de sus particularidades es la inmensa extensión de brezos que se extiende en los alrededores, llegando hasta la pequeña ciudad de Celle, y que contrasta con las arboledas de gigantescos pinos; donde estos no crecen, esa planta cubre todo el terreno; suele tener un tinte gris pardo, y en la estación calurosa florece en abundancia. En algunos parajes se ve una gran espesura de yerba y musgo, entre la cual crece el enebro, que á veces alcanza la altura de un árbol. Las muchas casas y granjas diseminadas en esta parte del país inducen á creer que la vida es muy agradable en esta región, donde también abundan mucho los pastos.

Después de haber visitado Luneburgo, sin detenerse en Celle, que ofrece escaso interés, el viajero suele dirigirse á Hanover, que no está muy lejos. En la estación de Lehzte se toca en el camino real que conduce desde Berlín á Colonia, y ya cambia de aspecto todo el paisaje.

Hanover no tiene ya la misma significación que hace un siglo: entonces era una parte integrante de los dominios ingleses, separada cuando Inglaterra se aisló del continente; pero áun conserva memorias de la época en que los ingleses la estimaban como su propio reino.

La ciudad de Hanover está llena de contrastes: la parte antigua, situada en la orilla derecha del Leine, ofrece todos los caracteres de una antigua ciudad alemana, calles estrechas, casas altas, un mercado donde se concentra toda la actividad de la población, y una iglesia con elevado campanario. La Casa Ayuntamiento, ó Rathhaus, antiguo edificio de construcción regular, data del siglo xv, habiéndose hecho en su fachada del oeste algunas modificaciones, con las cuales se ha querido comunicar al conjunto cierta semejanza con el palacio del Dux en Venecia.

La iglesia de San Jorge cuenta un siglo más de antigüedad; lo más notable que contiene es un púlpito cuajado de ricas esculturas y las grandes ventanas con vidrios de colores.

En cuanto á las casas, la que mejor podría servir de modelo de las construcciones del siglo xvii es la casa del célebre filósofo Leibnitz: tiene cuatro pisos y cinco series de ventanas ricamente esculpidas, coronando el conjunto una estatua que representa un guerrero armado de punta en blanco.

El nombre de Leibnitz fué en otro tiempo célebre en Hanover, y en todo el mundo, pues popularizó la filosofía; y tal vez hubiera alcanzado más gloria en la posteridad si hubiese tenido ménos en vida. Bajo su influencia, Hanover llegó á ser un plantel de sabios, que por este concepto eclipsó el esplendor de Weimar en la edad siguiente.

Con las angostas callejuelas de la ciudad antigua contrasta la anchura de calles y plazas del Neustadt, en la orilla izquierda del río: el mercado es aquí muy espacioso, con árboles y una fuente en el centro; y la iglesia, aunque grandiosa, de construcción moderna.

Hanover no ha podido resistir el movimiento general por el que todas las ciudades se desarrollan hácia el sudoeste. La estación de la vía férrea es el centro de un nuevo y magnífico barrio, lleno de construcciones del más moderno estilo gótico germano y del Renacimiento, producto de los alumnos de la Escuela Politécnica; y como ya se comprenderá, no falta el castillo, que puede servir de residencia imperial, y en el cual hay escuela de equitación, armería y una magnífica colección de antigüedades. Bajo la antigua sala de los Guardias yacen los restos de Königsmark: esta sala, destinada últimamente para las recepciones, admira por la esplendor que ofrece su conjunto. En un lado hay tres consolas de plata maciza, que ocupan los espacios entre las ventanas, y sobre ellas brillan otros tantos espejos de enorme altura, también con marco de plata, en los que se reflejan las luces de tres grandes candelabros del mismo metal. Aquí tienen lugar las recepciones del día 1.º del año, y el golpe de vista que entonces ofrece el salón deslumbra por su esplendor y magnificencia. La plata y el oro, trabajados en las más diversas y caprichosas formas, las arañas, los enormes candelabros, las flores, las estatuas de caballeros armados de punta en blanco, los cuadros preciosos; todo esto forma el más espléndido conjunto que imaginarse pueda.

Desde Hanover á Herrenhausen, residencia favorita de los últimos monarcas, solo hay un paso. El palacio está circuido de canales y jardines, y en cada uno de estos hay una fuente cuyo surtidor arroja el agua á ciento cincuenta piés de altura. En una pequeña habitación del palacio hay un magnífico lienzo que representa á la hermosísima condesa Platen, para quien se destinó primeramente esta mansión de recreo.

Al salir de Hanover no se puede ménos de pensar en su antiguo esplendor y su inevitable destino; su magnificencia é individualidad son cosas del pasado, y de año en año adquiere más marcadamente el carácter de una simple ciudad alemana de provincia.

Desde Hanover, el tren expres conduce en cuarenta minutos al viajero á Hildesheim, residencia de un antiguo obispado del siglo IX, que ocupa una posición muy pintoresca en las pendientes del Harz. Pocas ciudades habrá más ricas en monumentos de la Edad media de toda especie, tesoros que se ha tenido la suerte de conservar casi intactos á través de las guerras y revoluciones que

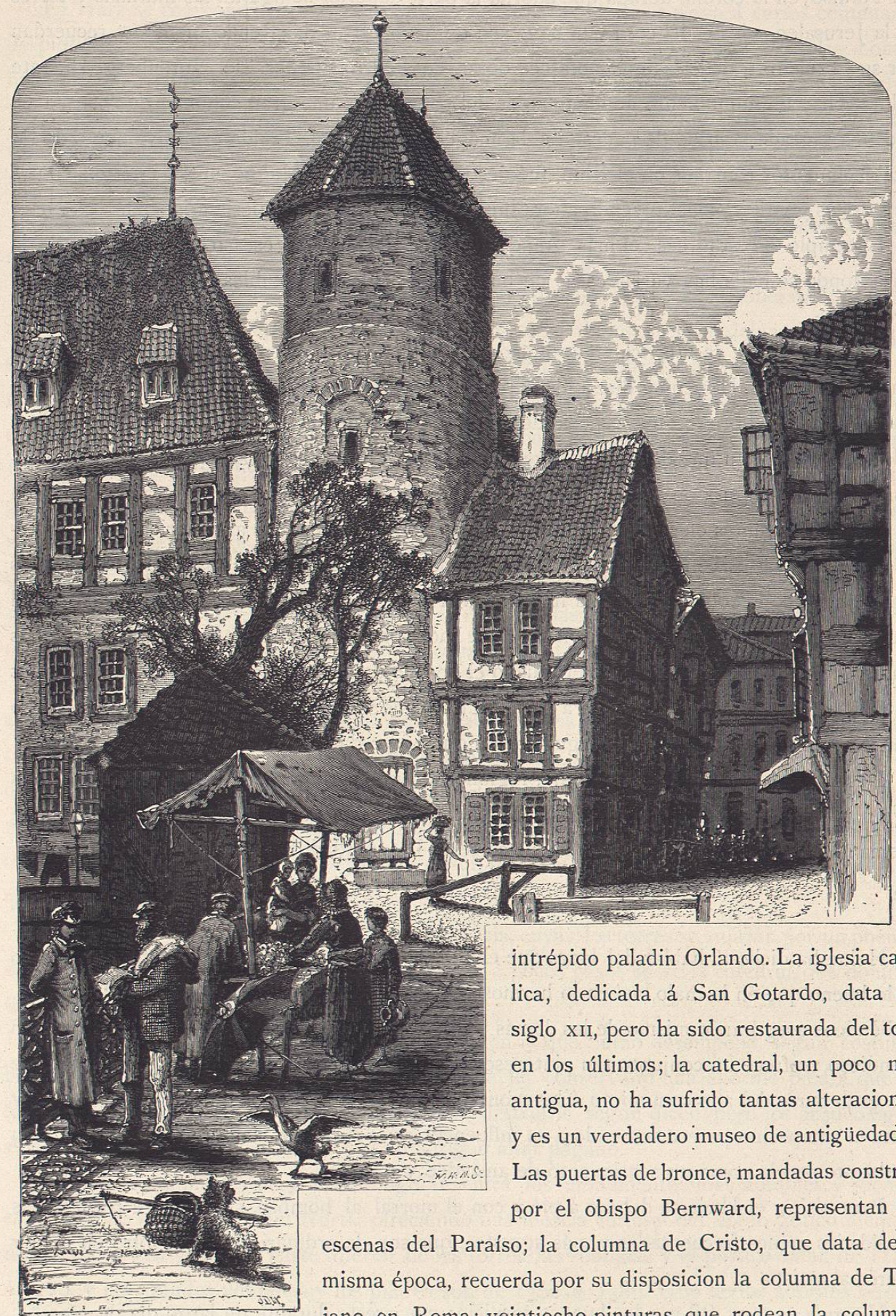


*Entrada de la Casa consistorial de Hanover*

magníficos pórticos; y muy cerca se vé la Casa del Temple, no la de los Caballeros del Santo Sepulcro, como pudiera creerse, sino una casa particular de la misma época; muy cerca de esta última se ve la más magnífica casa de madera que podría encontrarse en toda Alemania; de muy sólida construcción, tiene varias torrecillas, un espacioso portal y varios adornos que datan de la época del Renacimiento. Poco ménos magnífica es la casa de la familia de Wedekind, situada en la esquina de la calle de los Judíos, y que se distingue por su altura, pues tiene seis pisos. En el centro de la plaza hay una fuente, construida en conmemoración del

asolaron el país de que Hildesheim forma parte.

Las antiguas torres, que se divisan desde lejos, excitan ya el interés del viajero curioso, pero lo mismo en esta localidad que en Hanover, la plaza mercado de la ciudad antigua es el punto donde se concentra toda la animación y actividad. Aquí está la Casa Ayuntamiento, edificio del siglo XIV con



*La antigua Martinsaal, Hanover*

intrépido paladin Orlando. La iglesia católica, dedicada á San Gotardo, data del siglo XII, pero ha sido restaurada del todo en los últimos; la catedral, un poco más antigua, no ha sufrido tantas alteraciones, y es un verdadero museo de antigüedades. Las puertas de bronce, mandadas construir por el obispo Bernward, representan las escenas del Paraíso; la columna de Cristo, que data de la misma época, recuerda por su disposición la columna de Trajano en Roma: veintiocho pinturas que rodean la columna, formando ocho espirales, representan las principales escenas de la vida de Jesucristo; en el pedestal, cuatro figuras arrodilladas simbolizan los cuatro ríos